



Sahara Occidental: ¿condenados a la guerra?

Carles Casals *

EN el interior de una «jaima», a resguardo de un inclemente siroco que no permite sino intuir sombras en el desierto, arrellanados sobre una alfombra de mil colores, un grupo de españoles habla, con la prudencia que requiere cualquier encuentro de cultura, con los miembros de una familia de refugiados saharauis.

La mujer sonríe y prepara, según una costumbre árabe, los tres tés que, diligentemente, servirá a los forasteros. El anciano explica la tradición del ofrecimiento de estas tres infusiones: la primera debe ser dulce como el amor, la segunda, amarga como la vida, la tercera, suave como la muerte.

Y junto a la mujer y al anciano, un hombre, combatiente saharauí, nos cuenta, entusiasta, que el día de la libertad está cerca. Pronto —nos cuenta— muy pronto quedarán atrás los días del destierro, las interminables jornadas de un exilio que sólo les permite otear y ver a lo lejos las tierras que sus padres y sus abuelos antaño recorrieran libres y en paz.

«Somos —nos dice— los hijos de la nube». El anciano explica que la

* Periodista.

llegada de las caravanas de sus antepasados levantaba tal polvareda que las gentes de pueblos y ciudades creían que bajaban de las mismas nubes.

Con el tiempo como espacio, seguimos el ritual de los tres té, mientras, en nuestra plática, hablando más con el corazón que con la razón, resultaba evidente que aquellos hombres y mujeres iban a conseguir alcanzar el sueño del regreso. Sin embargo, las palabras del guerrillero, cargado de convicciones, rompían en el rostro del anciano, cuya mirada descubrió la languidez de quien, atrapado por la añoranza, necesita volver a pisar esa hermosa arena que cubre las tierras de sus ancestros.

Esta escena de entrañable recuerdo y memoria agrídulce ocurría en 1993, en la inhóspita Hamada de Tinduf, durante las celebraciones del 17 aniversario de la proclamación de la República Árabe Saharaui Democrática. En aquellos momentos, la esperanza embargaba los corazones de un pueblo que creía en un futuro propio.

Tres años después, en 1996, esas mismas «jaimas» exhalan un sentimiento muy distinto. A la plena confianza en un futuro mejor, le ha sucedido el recelo y la duda. Ya son veinte años de resistencia en el desierto. Y la pregunta es hasta cuándo soportarán estas gentes las duras condiciones que supone vivir en esa tierra yerma, en aquel mar de piedras y arena, del extraño oeste argelino.

La paciencia empieza a flaquear y el desánimo se apodera de una población otrora convencida de que el mundo no les abandonaría en aquel rincón del planeta. Niños, mujeres y ancianos, siguen siendo los principales residentes de los campos de refugiados El Aiún, Smara, Dajla... recuerdan los nombres de sus ciudades —hoy bajo control marroquí— aguardando, expuestos al implacable sol sahariano, el día de la libertad.

Y después de 20 años ¿qué?

EL pasado mes de febrero se cumplía el veinte aniversario de la proclamación de la República Árabe Saharaui Democrática —RASD—, Un «Estado» que sólo ha podido establecer las bases de un sueño de retorno para los 170.000 refugiados.

Y el próximo 31 de mayo será el último día de la paciencia de los rebeldes saharauis que, aliados del desierto, cansados del destierro, parecen dispuestos a hostigar de nuevo a las fuerzas armadas del ejército marroquí. Porque ese día, la Misión de las Naciones Unidas para el Re-

feréndum en el Sahara Occidental (MINURSO) podría poner punto final a su presencia en la zona. Y con su partida, todas las consecuencias que pudieran derivarse: el fin del alto el fuego y el reinicio de la guerra.

Alí tiene 28 años, es físico y ha entrado cinco veces en combate en las zonas liberadas. Cree que vale la pena luchar hoy porque no quiere que sus hijos vean la guerra. Mustafá, maestro, de 24 años, ha estado nueve en Cuba y cree que los sacrificios son necesarios, al menos para que sus hijos no tengan que vivir en el destierro. Fátima confía en que los «hermanos» argelinos les darán finalmente ese apoyo para derrotar de manera fulminante al enemigo marroquí. Todo son historias personales que forman parte de la historia colectiva de un pueblo que, desde hace 20 años, intenta recordar a la opinión pública internacional que, sin embargo, existe.

La Organización de las Naciones Unidas, la Organización para la Unidad Africana y un total de 75 países reconocen que el Sahara Occidental es una nación con derecho a decidir libremente sobre su destino. Algo que, de momento, no comparte Marruecos, el país que se ha anexionado, mediante una política de hechos consumados, la casi totalidad del territorio de esta antigua colonia española.

Los intentos para encontrar una solución pacífica al conflicto han sido infructuosos. Ya en el verano de 1975, Naciones Unidas había propuesto la celebración de un referéndum para la autodeterminación, mediante el cual los saharauis decidieran sobre qué destino preferían para su tierra. Pero aquel referéndum, en el que confiaban quienes apostaban por un Sahara independiente, nunca ha llegado a realizarse.

Hoy, pasadas ya dos décadas de aquella propuesta, poco se ha avanzado. Y la maquinaria bélica vuelve a engrasarse tras casi cinco años de una tregua relativamente respetada por las dos partes.

Pero ¿qué ocurrirá si no se llega al acuerdo antes del 31 de mayo? Si para la fecha no hay una entente entre saharauis y marroquíes, la MINURSO (Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum en el Sahara Occidental) se retirará de la zona. Y de nada habrá servido entonces la larga retahíla de buenas intenciones auspiciadas por la ONU y la Organización para la Unidad Africana (OUA); de nada habrá servido el hecho de que la OUA haya reconocido oficialmente a la RASD y tampoco habría sido suficiente que 75 países hayan reconocido esta república.

Los saharauis han podido constatar, una vez más, que las resoluciones de Naciones Unidas sobre el derecho a la autodeterminación del Sahara Occidental no son más que palabras tan bellas como frágiles. De

ahí que los planes de los 170.000 refugiados, que esperan el regreso a su tierra, se hayan visto truncadas una y otra vez.

Si hay, pues, algo que parece claro es que Marruecos no tiene ningún interés en deshacerse de la que llama su séptima región y que, por cierto, está considerada como el territorio más rico del Magreb, según un informe del Banco Mundial publicado en 1974.

Con una extensión de 260.000 kilómetros cuadrados, la mitad de España, el Sahara Occidental es una región rica en fosfatos —cuenta con unas reservas 1.700 millones de toneladas de fosfatos, en la zona de Bu Craa y se calcula que puede haber otros 10.000 millones de toneladas de reservas de este mineral en la zona— y con el más importante banco pesquero del mundo.

Sin duda, un bocado nada desdeñable para un país, Marruecos, que pugna por salir de la pobreza.

Los antecedentes inmediatos del conflicto

AUNQUE durante todo el siglo XIX, hay presencia española en la región del Sahara Occidental, no es hasta 1884 cuando Madrid decide enviar un fuerte contingente militar para reafirmar su presencia en la zona. La delimitación de las fronteras saharauis —perfilada según los intereses españoles y franceses— se determina en dos tratados: el del 27 de junio de 1900 que establece la frontera sur con Mauritania y el del 3 de octubre de 1904 que delimita la frontera con Marruecos.

Pero por lo que respecta a los acuerdos de ocupación entre el ocupante y los habitantes del país, se establecen tres convenios: el primero en 1884, el segundo en 1924 y el tercero en 1934. De hecho, es en 1934 cuando se consolida la presencia española en el Sahara Occidental.

En 1966, la ONU plantea al gobierno español el tema de la descolonización del Sahara Occidental y España, en 1967, dice estar dispuesta a organizar un referéndum para la autonomía saharauí. Sin embargo, paralelamente a lo que se hablaba en la ONU, España mantiene una dura represión contra los brotes nacionalistas. En 1970, El Aiún se cubre de sangre saharauí cuando las fuerzas coloniales reprimen sin ningún tipo de contemplaciones una manifestación nacionalista.

La indignación por aquella matanza fue el detonante para el fortalecimiento del incipiente movimiento por la independencia de los territorios del Sahara Occidental.

Pero, por otra parte, la retirada de España del territorio saharauí debe incluirse en un contexto internacional adverso para el régimen franquista. Franco encarnaba, en aquellos momentos, el último de los dictadores de Europa Occidental, tras la caída de Caetano en Portugal.

Aparte, las presiones internacionales (especialmente de Francia y Estados Unidos) y de la ONU precipitan los acontecimientos. Y España se compromete a realizar una consulta mediante la que los saharauíes deberán decidir sobre su futuro. Curiosamente, el principal enemigo del referéndum era Marruecos que consideraba que no sería «democrático» porque no se realizaría con «garantías».

El 14 de noviembre de 1975, y tras la «Marcha Verde», que en octubre de aquel mismo año movilizó a 350.000 marroquíes hacia el Sahara Occidental, se firmaba, en Madrid, el Acuerdo Tripartito y se anunciaba la total retirada española del territorio para el 26 de febrero de 1976 y el posterior reparto del Sahara entre Marruecos y Mauritania.

Estos acuerdos, por una parte, contradecían las promesas españolas y abortaban las proposiciones al respecto de la ONU de celebrar un referéndum para la autodeterminación, que debería haberse celebrado en 1976; y, por otra, obviaban la resolución del Tribunal de La Haya que, en octubre de 1975, establecía que el Sahara Occidental era un territorio ocupado por tribus autóctonas, lo que suponía que la vía correcta para la autodeterminación era la consulta a su población. Y, por lo que respecta a los vínculos con Mauritania y Marruecos, dicho Tribunal declaraba que no existía vínculo de soberanía territorial entre el territorio del Sahara Occidental y el Reino de Marruecos o el conjunto mauritano.

Tampoco hay que olvidar que España no se marchó del Sahara con las manos vacías. Se entregó el Sahara Occidental a Marruecos a cambio del 33,7 por 100 de las minas de fosfato, y de que, durante los diez años siguientes, los armadores españoles pudieran seguir faenando en el banco pesquero sahariano. Además se arrancó a Marruecos el compromiso de no reivindicar Ceuta y Melilla.

Paralelamente a este proceso, el 27 de febrero, un día después de la marcha del último contingente español hacia Canarias, el Frente Popular para la Liberación de Saguía El Hamra y Río de Oro (POLISARIO), que

desde 1973 luchaba por la independencia del territorio, proclamaba la República Árabe Saharaui Democrática (RASD).

Pero el futuro del Sahara Occidental ya estaba escrito: mientras el ejército marroquí entraba por el Norte, Mauritania lo hacía por el Sur y Este y España se retiraba por el Oeste, miles de saharauis huían por el Noreste, hacia Argelia.

Los saharauis inician una guerra de liberación en dos frentes: en el Norte, la lucha contra Marruecos, en el Sur y Este, contra Mauritania.

La guerra con Mauritania fue breve y el gobierno de Nouakchott pasó de enemigo a aliado. En efecto, el Frente POLISARIO consiguió firmar un acuerdo de paz con los mauritanos, en 1979, con quienes, desde entonces, ha mantenido excelentes relaciones convirtiéndose en estrechos aliados.

En cuanto a los marroquíes, el enfrentamiento ha continuado. Las tropas de Hassan II han conseguido mantener su presencia en la casi totalidad del territorio del Sahara Occidental, pero no ha podido doblegar la resistencia saharauí.

Ante la imposibilidad de derrotar a su adversario, los militares de Hassan II propusieron la construcción de un muro. El Reino de Marruecos ha construido un total de seis muros, en los que cada 5 kilómetros hay un destacamento, cada 15 un radar que suministra datos a un sistema de defensa, y cada 40 ó 50 kilómetros la red impermeabilizadora electrónica se completa con radares de mayor capacidad de detección. Y frente al muro, campos minados e interminables hileras de alambre de espino.

Un muro que si bien ha frenado las incursiones de los saharauis contra las zonas controladas por Marruecos, de hecho casi todo el territorio, tampoco ha permitido, al menos hasta el alto el fuego de 1991, vencer a los rebeldes.

Internacionalización del conflicto

MARRUECOS ha contado con valedores poderosos. España, Francia y Estados Unidos apoyaron a Hassan II en su política de anexión. España al firmar el acuerdo Tripartito, y más tarde con apoyo militar; Francia al proporcionar a Hassan II pilotos y entrenadores militares; y Estados Unidos suministrando armas sofisticadas al Reino Alauita.

Por su parte, el frente POLISARIO, hasta ahora, ha ido recibiendo ayuda —entre otros— de Argelia, Libia, Cuba y, en menor medida, de Mauritania...

Pero ¿a quién interesa que Marruecos controle el Sahara Occidental?

A pesar del apoyo del Norte a Marruecos, este «impasse» militar, en el que ninguna de las dos fuerzas parece poder vencer al antagonista, beneficia especialmente a los intereses económicos de los países del Norte.

En efecto, la ausencia de guerra y una relativa estabilidad en la zona perjudicarían a Europa y Estados Unidos que han temido hasta ahora que tanto los fosfatos como el pescado pasaran a manos del Sur. O, lo que sería peor para los países ricos, a manos de una Unión del Magreb Árabe, que reúne a Argelia, Libia, Marruecos, Mauritania y Tunicia, que añadiría este mineral a sus riquezas: petróleo y gas.

En el caso de los fosfatos, Estados Unidos perdería el monopolio de este mineral. Y de pasar a manos saharauis o incluso marroquíes podrían suponer una fuerte competencia en el mercado internacional, especialmente por su comercialización hacia los mercados europeos.

Esperando un referéndum

NO obstante, desde 1988, las conversaciones entre Marruecos y representantes de la RASD, bajo los auspicios de Naciones Unidas, encaminaron el conflicto hacia una solución política con el acuerdo de establecer un alto el fuego a partir de septiembre de 1991 y de celebrar un referéndum para 1992.

Todo parecía estar muy claro. El camino hacia la paz y al reconocimiento de la República saharai se abría con el apoyo de la comunidad internacional...

Y tenía que ser en enero de 1992, cuando los saharauis decidieran sobre su futuro, bajo la égida de las Naciones Unidas, mediante un referéndum en el que se formulaba de forma directa una pregunta: «¿Quieren ustedes la independencia o la integración en Marruecos?» La cuestión no se prestaba a ambigüedades.

Aquel plebiscito, sin embargo, y como ya ocurrió en 1975, parecía sólo interesar a los saharauis que estaban convencidos de que tras el mismo llegaría el día de la libertad. Pasó 1992 y el referéndum no tuvo lugar. La razón fundamental de esta demora fue la falta de acuerdo respecto al

cuerpo electoral: por una parte, el POLISARIO proponía que se basara en el censo español de 1974 que incluía un total de 74.000 votantes; por otra parte, Marruecos quiso añadir, en 1992, un total de 120.000 nuevos votantes lo que no fue aceptado ni por los saharauis ni por la ONU.

En 1993, sin embargo, llega una esperada noticia. Coincidiendo con la celebración del 17 aniversario de la proclamación de la República Árabe Saharaui Democrática, el 27 de febrero, las Naciones Unidas concluyeron que, en un plazo no superior a los tres meses, el secretario general de la organización, ButrosButros Ghali, deberá haber conseguido salvar todos los obstáculos que impidan la celebración del referéndum sobre la autodeterminación del Sahara Occidental. La noticia provocó un fuerte entusiasmo en los campamentos de refugiados de Tinduf. Pero tampoco llegó el día de votar. Ni en el 93, ni en el 94, ni el 95... la prometida consulta no había llegado. Y la paciencia de los saharauis se agota. Y se agota hasta el punto de que a finales de agosto de 1995 el número dos del POLISARIO, Mustafá Sayed, declaraba al diario argelino *Le Matin* que «la ONU no dejaba a su movimiento otra vía que no fuera la guerra».

Cansancio internacional

LA desazón es también notable entre los funcionarios de Naciones Unidas y en la diplomacia internacional, que se sienten dando palos de ciego en pro de una causa que acaso ya esté perdida.

«Dada la realidad política del Sahara Occidental, dado el hecho de que Marruecos nunca abandonará el Sahara Occidental, dado que el Frente POLISARIO es una fuerza exhausta y golpeada, muchos nos preguntamos si no se trata de otro ingente gasto en tiempo y dinero para las Naciones Unidas». Eran palabras de cansancio de un diplomático europeo en Rabat recogidas por *The New York Times* (16-IX-1994).

A pesar de ello, un desesperado intento, por parte de Naciones Unidas, ha tenido lugar durante los meses de enero y febrero de 1996 para romper la situación de «impasse». El pasado 6 de enero, un enviado especial de las Naciones Unidas, Chinnmaya Gharekhan, se entrevistaba con el secretario general del Frente POLISARIO, Mohamed Abdelaziz. El enviado se entrevistó también con el presidente argelino, Liamine Zerual, y con el Primer ministro marroquí, Abdellatif Filali. ¿El último intento?

Para algunos acaso sólo se trate de mantener las formas hasta el final. Porque parece que el diálogo ya no es posible y que el referéndum no tendrá lugar.

Marruecos ha demostrado reiteradamente su oposición a aceptar un referéndum basado en el censo español de la zona, levantado en 1974. A la obstrucción sistemática en el registro de votantes, por parte de las autoridades marroquíes, se añade la lentitud del censo —150 inscritos diarios— y el elevado coste de todo el proceso —250 millones de dólares, a los que hay que añadir 100.000 dólares diarios por día de demora del referéndum.

Y si agotados están los diplomáticos desde sus cómodas casas y despachos enmoquetados, ¿cómo se encontrarán esas decenas de miles de personas que sueñan con el regreso a esa tierra que, para muchos, sólo es un vago recuerdo de una infancia lejana?

Y ellos, los «polisarios», desde su exilio en la inhóspita hamada del Tinduf, y a través de su activa e itinerante diplomacia, dicen y repiten hasta la saciedad que si es necesario las generaciones venideras seguirán con la lucha de sus padres por la libertad. «No vamos a entregar esta tierra que debemos a nuestros hijos. Porque no podemos vivir eternamente en Tinduf».

Según ellos, las esperanzas de paz para el país, se desvanecen con las continuas demoras de ese referéndum que, como el Godot de Beckett, nunca llegará.

* * *

Cuando aquel mes de febrero de 1993 nos despedimos de aquella familia de refugiados, el joven combatiente sonrió y, estrechando la mano con fuerza, dijo: «El próximo año, en El Aiún»... Tres años después el desierto continúa siendo la morada de los 170.000 refugiados saharauis. Y, lejana aún la paz, la maquinaria de la guerra podría volver a engrasarse. Alí, Mustafá, Fátima, Mohamed, Abdul... volverán a conocer el horror de una guerra que sólo terminará si el Sahara Occidental es libre o quizás si ya no hay saharauis para defender esta libertad.